

ca de ideas para endulzar el sacrificio de esta víctima sagrada, que hallar términos propios para exaltar el mas bello de todos los triunfos. Colocado frente á frente de esa filosofía bastarda que todo lo ha desnaturalizado, de esa prudencia carnal que ya olvidó hasta la existencia del espíritu, de este siglo á cuyos ojos han desaparecido ya los caracteres naturales y divinos de la virtud, intento generalizar mis ideas, llevarlas á todos los grandes objetos del entendimiento y del corazón, sacar de esa reja humilde el primer interés de la humanidad, y colocar la vida contemplativa entre las bendiciones del cielo y la admiración de la tierra. Estudiando las relaciones mas universales de ese holocausto sublime, podremos profundizar el pensamiento con que me he introducido á este discurso sagrado, y descubrir á la doble luz de la inteligencia y de la fe, la razón de esa incontestable primacía que otorgó á la vida monástica la verdad eterna, al pronunciar su juicio entre los afanes laboriosos de Marta y los tranquilos y amorosos éxtasis de María.

Cada uno de los estados de la vida se halla colocado bajo la influencia de esas tres relaciones universales que abrazan á todos los seres inteligentes y libres: es decir, Dios, el mundo y el individuo. Ahora bien ¿qué grado debe tener el estado recogido de estas almas privilegiadas á los ojos de Dios, á los ojos de la víctima y en concepto del mundo? He aquí lo que me propongo responderos en este discurso, abrazando la excelencia de la vida contemplativa en sus relaciones con Dios, con la virgen que acaba de consagrarsele, y con la humanidad entera, cuyos intereses afecta defender el mundo en sus necias declamaciones contra el estado religioso.

Mas ántes de empezar una obra tan conforme al espíritu de la Iglesia, á los intereses de vuestra eterna salud y á la edificación de mi auditorio, volvamos nuestras miradas suplicantes hácia la Madre de Dios. Abogada de todos los pecadores, lo es mui particularmente de las almas que aspiran á la ventura suprema de ser numeradas entre las castas esposas de Jesucristo. Sí, Madre mia: sois el Refugio de todos los pecadores; pero

halláis complacencia singular sin duda alguna, cuando la Iglesia os aclama *Reina de las Vírgenes*. Recibid pues bajo vuestra protección inmediata el sacrificio de esta virgen, que acaba de renunciarlo todo por seguir á vuestro Hijo, y alcanzadme de vuestro Divino Esposo los dones excelso que comunican la fuerza, la unción y la luz al ministro de la palabra evangélica.—AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE.

Si vuestra vocación es verdadera, hermana mia; si el aborrecimiento del siglo os ha sustraído á él para siempre; si el empeño dulcísimo del amor á vuestro Esposo sin limitación y sin reserva os ha hecho sumergir en esta soledad el mas florido periodo de vuestra existencia; si podéis decir hoy lo mismo que San Pablo, que ni la muerte, ni la vida, ni la tribulación, ni el hambre y desnudez, ni los peligros y tormentos mayores serán capaces nunca de apartaros de Jesucristo; si os contempláis contenta junto á la perspectiva de mortificaciones frecuentes, y es dulce para vos consideraros como la oveja del sacrificio: ¿quién vacilará un momento en reputar vuestro estado como el mas excelente, el mas bello, el mas grato y dulce á los ojos del Señor? El es sin duda padre comun, y en su amor inmenso y en su misericordia infinita siempre reconocen su parte cuantos forman la prodigiosa multitud del género humano. Tambien es cierto, que su vista penetrante descubre aun en el siglo muchas almas fieles que le adoran en espíritu y en verdad; pero no lo es ménos, que tiene su pueblo escogido, y que en este pueblo ama con singular predilección á estas esposas de la soledad, que no limitándose á la abstinencia de los frutos que privan del paraíso, renuncian indistintamente á cuanto podemos usar como un beneficio de la Providencia, para consagrarse todas á oír y guardar fielmente la palabra del Señor, esas almas privilegiadas que inmolan heroica-

mente en el altar de la propia abnegacion el mundo y sus encantos, el tiempo y sus esperanzas risueñas, los cuidados de una tierna madre, las caricias de un padre, el techo doméstico, los lazos de la familia y los honestos placeres de una inocente sociedad. El acto de la profesion religiosa, hermana mia, es rigurosamente hablando, una regeneracion verdadara en el orden del espíritu, es el primer instante de una existencia nueva, la brillante avenida de un nuevo dia; y puede decirse á la letra, que os habéis renovado en la extencion de la palabra desde que habéis tomado para nunca dejarla esa modesta vestidura que el mundo desprecia, y que Dios ha puesto sobre vos como la ropa nupcial que realza las encantos de la esposa. Vuestro estado es pues el de la propia abnegacion, el de la solemne abnegacion, el de la continua y perpetua abnegacion, es decir, un estado en que se ama á Dios exclusivamente, en que se le ama públicamente, en que se le ama incensantemente, en que se le ama perfectamente: es aquel estado que pone á la criatura en la dichosa impotencia de olvidar un solo instante á su Criador, en que se ofrecen á Dios en uno solo todos los holocaustos, y en que van á cumplirse hasta los últimos consejos de la perfeccion evangélica.

Triste sin duda y en gran manera sensible, católicos, debe ser á los ojos de la carne y de la sangre este cuadro de inmortal desprendimiento, en que el alma cristiana, no queriendo servirse de sus sentidos, sino para mortificarlos incensantemente, ni de sus potencias sino para humillarlas bajo el yugo de la fe, reduce su mundo á un pequeño espacio de tierra, y sus relaciones á la sociedad íntima de su propia conciencia, y sus goces á estrechar la Cruz de Jesucristo, y sus esperanzas á morir en sus brazos; pero cambiad, o católicos, de luz, y al esplendor indeficiente y puro de la fe contemplad el cuadro sublime de una religiosa en presencia del Señor: ved si entre las ofrendas de que el hombre es capaz por sí mismo puede hallarse una sola que reuna mayores caracteres de excelencia y grandeza para el Dios de la Santidad. Por lo que á mi toca, ya considere,

hermanos míos, lo que es en sí misma la abnegacion del hombre, ya registre las Escrituras Santas para buscar los títulos en que funda su grandeza, donde quiera reconozco la incontrastable verdad con que aseguro, que la profesion religiosa es la mas grata y excelente suerte que puede caber al hombre á los ojos de Dios.

¿Qué es la abnegacion de sí mismo? Si la historia de la Iglesia no presentase á nuestra vista repetidos é ilustres ejemplos de este heroismo cristiano, de este universal desprendimiento de todas las cosas; echaria mano de aquellas expresiones indefinidas empleadas frecuentemente por los escritores sagrados para manifestar lo que apenas puede sentirse, para decir lo que va muy lejos de los alcances de nuestra razon. Os diria que la negacion de sí mismo es lo que el ojo no vió, lo que el oido no oyó, lo que la razon fué incapaz de comprender, lo que la imaginacion mas viva y fecunda no ha podido figurarse, lo que el corazon apenas puede sentir y la lengua no es dueña de explicar: os diria que es el *no sé qué*, de lo que llamamos *divino* en los afectos religiosos, os diria que es un acto angelical, un heroismo de la santidad, en suma el bello ideal del amor divino. Mas ya que Jesucristo Nuestro Señor se dignó fundar una Iglesia cuyo espíritu consiste en la abnegacion de nosotros mismos; y ya que esta Iglesia santa, siempre sostenida por el poder, ilustrada por la sabiduría y privilegiada por el amor eterno de la Trinidad augusta, nos permite recorrer en su historia un catálogo inmenso de verdaderos héroes, es decir, de hombres que mediante la abnegacion de sí mismos han sabido elevarse desde las clases mas humildes y despreciables hasta los tronos del cielo: ya que esta historia tan fecunda ha venido á revelar á los hombres el gran precio de la abnegacion de nosotros mismos, permitidme recordaros, si bien con suma rapidez, lo que importá esta virtud es sí propia.

Cuando á una palabra del Altísimo el universo brotó de la nada, y dijo Dios que las cosas que habia hecho eran buenas, sin duda que halló mas excelencia que en todas las criaturas juntas en aquella privilegiada don-

de estaba mirando su propia imágen; y cuando Dios, viendo la tierra toda invadida por el pecado, se manifestó arrepentido de haber hecho al hombre, hasta el extremo de destruir al mundo, bastante nos hizo conocer cómo el título de excelencia que podemos presentar á sus divinos ojos, y en lo que mas podemos serle semejantes, consiste en la exención de la culpa, en el amor que le tengamos. Este amor, hermanos míos, es el objeto final de la creación humana y la vocación de todos los hombres. Siendo pues una vocación común, se adapta sin duda, no solo á todos los tiempos, á todos los hombres y á todas clases, sino también á todos los estados y condiciones de la vida; y á este amor divino pueden y deben referirse nuestras acciones todas, y por tanto, él puede considerarse como un inmenso círculo, del cual no están excluidos ningún género de pensamientos, de discursos ó de hechos que puedan llamarse lícitos. Aquellas mismas satisfacciones necesarias que se dirigen á conservar nuestra vida, los deliciosos vínculos que nos hacen amable la tierra, los afectos expansivos de la familia, los sentimientos nobles de la amistad, todo se santifica en el amor divino, refiriéndose á Dios con reconocimiento humilde, como al Supremo dispensador de los bienes que se disfrutan en la tierra.

Pero qué, ¿todos los estados del hombre son igualmente favorables al amor divino? ¿este grande y primitivo objeto de nuestra creación se consigue con la misma facilidad en unos estados que en los otros? El padre que se ve rodeado de una familia numerosa, la mujer enlazada con su marido por un vínculo santo, si se conforman con las reglas del evangelio, sin duda que aman al Señor, que le aman sobre todas las cosas y que si fuéren conducidos á la prueba, lo sacrificarían todo, mediante la gracia, primero que abandonar al objeto santo de su amor: pero este género de abnegación se halla, hermanos míos, en una escala muy ínfima respecto de aquel que precede á los votos monásticos, y sirve de principio á la vida religiosa. Aquellos están dispuestos á dejarlo todo antes que ofender á Dios; pero las almas consagradas á él por los votos monásticos no se

limitan á esto, sino que desde luego todo lo abandonan, y este generoso desprendimiento, que en las personas del siglo se considera, y con justicia, como el último punto de la perfección, no es en el claustro sino el primer paso de una larga y trabajosa carrera. ¿Quién de los que viven en el siglo puede decir á Jesucristo, como el Príncipe de los Apóstoles: „Todo lo hemos dejado por seguirte?”¹ ¡Ah! las personas mas arregladas se hallan siempre en una especie de lucha, por la diversidad de objetos que alternativa ó sucesivamente ocupan el corazón. El esposo no se da tan exclusivamente á Dios, porque siempre está „solicito, dice San Pablo, de aquello que puede agrandar á su consorte.”² á esta le sucede lo mismo; y el amor divino va encontrando en cada parte obstáculos diferentes á su feliz consumación.

Todos somos capaces de llegar á una perfección consumada, y todos estamos expuestos á caer en la horrible deformidad de los vicios; pero esta perfección, hermanos míos, lucha con tal número de dificultades, que á muy pocos es dado el gozo de haberla conseguido. El hombre para someterse á la ley suprema del espíritu, ley sublime que le encumbra hasta los cielos, se siente impulsado incensantemente á subir con el vuelo de la águila, porque hai dentro de nosotros mismos no sé que sentimiento generoso que nos advierte la grandeza de nuestros destinos. Pero sujeto al mismo tiempo á las leyes del siglo, al tiránico poder de nuestras pasiones, á los variados prestigios de la vanidad, al semblante risueño de la fortuna y á esas necesidades facticias que inventa, propaga y multiplica el espíritu del siglo, siempre amigo de la virtud y siempre asaltado por el vicio, vanamente pasa los mas dilatados periodos de una larga vida, pues cuando muy afortunado parece, suele hallarse apenas en la infancia de la vida espiritual.

No es esta vuestra suerte, esposa de Jesucristo, pues al tomar ese traje humilde, os anunciáis á los ojos de vuestro Dios como árbitras de una triple victoria. Sí, desde el instante mismo en que pronunciáis vuestros vo-

(1) Math. XIX, 27.—(2) 1 Cor VII, 33.